



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Hacia un nuevo paradigma:
el hipertexto como faceta
sociocultural de la tecnología

Autor: Gómez-Martínez, José Luis

Forma sugerida de citar: Gómez-Martínez, J. L. (2001).
Hacia un nuevo paradigma: el
hipertexto como faceta
sociocultural de la tecnología.
Cuadernos Americanos, 2(86),
155-197.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XV, Núm. 86, (marzo-abril de 2001).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Hacia un nuevo paradigma: el hipertexto como faceta sociocultural de la tecnología

Por José Luis GÓMEZ-MARTÍNEZ
Department of Romance Languages,
The University of Georgia

LA GLOBALIZACIÓN, y creo que en esto estamos todos de acuerdo, constituye el tema de nuestro tiempo. Nos fascina y a la vez nos asusta. Con frecuencia el término aparece asociado a los nuevos sistemas de producción y consumo, pero lo económico es únicamente una de las facetas de la globalización y quizás no sea la más interesante. La toma de conciencia de su dimensión cultural me parece mucho más apremiante. El auge de los ordenadores a finales de los años ochenta como instrumentos prácticos en el mundo académico y, sobre todo, la difusión pública y global de la Internet como medio de comunicación, conlleva una transformación sociocultural radical. Vivimos unos momentos de rápida evolución hacia un nuevo paradigma: del contexto sociocultural del *texto-impreso* al entorno digital que ejemplifica el *hipertexto*. En Estados Unidos, que institucionaliza ya en la década de los ochenta el uso de la Internet en el medio académico, han surgido libros seminales sobre una nueva forma de textualidad, sobre un nuevo modo de comunicación que se empieza ya a conocer como el hipertexto. Los libros de Bolter, Landow, Aarseth, entre otros, crearon a comienzos de la década de los noventa una atmósfera de expectativa ante la transformación rápida de la nueva tecnología.

Algunos sectores de la academia han interpretado la posibilidad del hipertexto en el medio digital como una liberación de la tiranía que, según ellos, imponía el texto impreso. Para Carla Hesse, por ejemplo, el hipertexto abre la "posibilidad de que la escritura opere en un modo temporal exclusivamente posible para el discurso hablado" (1998: 37). Con ello, Hesse cree que desaparecerán "categorías sociales (culto frente a popular), políticas (público *versus* privado) o económicas (gratuito frente a no gratuito)" (*ibid.*), por lo que en su visión utópica predice que "en el futuro no habrá cánones fijos de textos, ni fronteras epistemológicas fijas entre disciplinas, sólo caminos de investigación, modos de integración

y momentos de encuentro” (*ibid.*: 36). Y ello será así, señala Landow, porque el “hipertexto no permite una voz tiránica, unívoca” (1992: 36). El hipertexto se concibe, en esta posición optimista, como un campo abierto en el que “el lector de hipertexto, además de contar con una libertad de itinerario, puede convertirse también en coautor de la obra” (Rodríguez 2000). Desde esta perspectiva se tiende a ver el hipertexto “como punto de partida y no de llegada” (*ibid.*), es decir, sin pasado, como ruptura.

Por el contrario, otros sectores de la academia ven el proceso con cierto pesimismo apocalíptico. Coinciden en gran medida con la evaluación del hipertexto que proyectan los entusiastas de su uso, pero lo perciben como deshumanización. “El texto pierde gradualmente su autoría y la percepción de que es el producto de un autor disminuye”, según nos dice Simone, para concluir que “en un futuro próximo será cada vez más difícil, casi imposible, decir quién es el autor de un texto” (1998: 255). Lo que sucede es que los detractores proyectan el hipertexto como una proliferación exhaustiva de textos anónimos que “expone al lector a una gran riqueza de material irrelevante” (Riffaterre 1994: 186). Sienten también que el crecimiento acelerado del mundo digital en general, y el uso del hipertexto en particular, va desplazando aquellos instrumentos de poder que conformaban el mundo académico. El nuevo discurso muestra obsoletas las estructuras tradicionales sin tener tiempo de institucionalizar las nuevas categorías. Por ejemplo, ven desarticularse el cuidadoso club de los autores, celosamente preservado para mantener la posición de prestigio académico. Ahora se lamenta de que “aumenta drásticamente la proporción de escritores a lectores” (Nunberg 1998: 133). Se trata, además, de escritos que no siguen la “aprobación” académica y que, por lo tanto, presentan, según el canon, un problema de fiabilidad. Es decir, en palabras de Nunberg, “cuando se derriban los muros de la biblioteca, no debe sorprender, encontrarse la sala de lectura llena de gente de la calle” (*ibid.*).

Los debates entre estos campos encontrados recuerdan las clásicas polémicas entre “los antiguos y los modernos” que jalonan la historia intelectual de Occidente y que surgen renovadas en los momentos de transición. En definitiva, el tema del hipertexto, como señala Landow, “crea cuestiones políticas —cuestiones de poder, de estatus y de cambios institucionales. Todos estos cambios tienen contextos políticos e implicaciones políticas” (1992: 273). Ambas posiciones, defensores y detractores del hipertexto, coinciden

también en ver la tecnología como causa de las transformaciones, como anterior a las mismas y como neutra. Este determinismo tecnológico oculta, como señala con acierto Murray, “la necesidad de que los académicos y otros consumidores de la tecnología asuman el debate sobre las responsabilidades éticas y sociales implicadas en su uso” (2000: 54).

1. Primera aproximación al hipertexto

EN este estudio nos proponemos reflexionar sobre el concepto del *hipertexto*, su retórica y sus implicaciones en el mundo académico. Estoy además convencido de que es producto tanto de un fenómeno sociocultural como de ciertos avances tecnológicos. Y si bien en su dimensión técnica está apenas entrando en la infancia de su desarrollo, su corporalidad actual nos exige ya una reflexión filosófica que permita colocar este nuevo fenómeno dentro del marco de nuestro desarrollo cultural. Para ello, es necesario anticipar un poco el final de nuestro estudio e iniciar el proceso de nuestras reflexiones con una definición provisional lo más breve posible de lo que entendemos por hipertexto, es decir un texto en forma digital con múltiples enlaces con otros textos.

La primera reacción del estudioso de la literatura ante esta laconica definición sería indicar que entonces el hipertexto no es nada nuevo, que únicamente es una palabra diferente para expresar un concepto que Foucault, por ejemplo, desarrollaba ya en *La arqueología del saber*. Foucault, a su vez, únicamente articulaba lo que la experiencia cotidiana nos mostraba y lo que los estudios académicos cuidadosamente reflejaban a través de las notas a pie de página. Es decir, en palabras de Foucault, que la unidad de cualquier texto “es variable y relativa. No bien se la interroga, pierde su evidencia; no se indica a sí misma, no se construye sino a partir de un campo complejo de discursos” (1984: 37). Estos discursos refieren a múltiples contextos y a múltiples relaciones intertextuales.

Interpretada nuestra breve definición desde esta perspectiva, colocamos el hipertexto en el centro del debate posmodernista. ¿Es posible que se trate de una creación/proyección posmoderna? Así parecen verlo en la actualidad tanto los defensores como los detractores del hipertexto. Y en efecto, desde la perspectiva posmoderna, el hipertexto parece permitir finalmente la descentralización del texto y, por lo tanto, del autor. Así lo define Landow en su obra clásica-

ca de 1992, al considerarlo como “texto compuesto de bloques (o imágenes) unidas electrónicamente por medio de múltiples caminos, vínculos, enlaces en una textualidad abierta, perpetuamente sin acabar” (1992: 3). Pero si nos abstraemos por un momento de la prisión de los paradigmas de la crítica vigentes en la actualidad, y nos recogemos en la intimidad de nuestra experiencia, la definición que proporcionamos anteriormente puede ser interpretada desde otra perspectiva. Por ejemplo, recordemos esas ocasiones en las que “perdemos una mañana” sin llegar a terminar la lectura de un ensayo por haber estado siguiendo asociaciones que nos llevan de un libro a otro, sin encontrar el momento de regresar al ensayo original que incitó en primer lugar esa orgía intelectual. En esos momentos liberadores practicamos/construimos una especie de hipertexto; pero es un proceso lento que requiere traslado físico y búsqueda del nuevo texto. El mundo electrónico parece venir a facilitar ese procedimiento.

Pero regresemos de nuevo al debate posmoderno para desde allí replantear la problemática que parece aportar el hipertexto. La nota común en los estudios críticos sobre el hipertexto es el uso de un lenguaje ya definido (aun cuando la evaluación dependa de la perspectiva en que se use). Así se habla de discontinuidad en el texto (Aarseth), de un proceso no-lineal (Brent) en el uso de fragmentos (Rodríguez), de que se posibilita un número infinito de hipotaxis (Brent), de que el lector se pierde al caminar de lexia a lexia (Gaggi); en fin, se coincide igualmente en que se trata de un proceso no secuencial (Nielsen) en el que el texto queda descentrado (Landow). Todos estos términos apuntan, como señalábamos anteriormente, al debate de la posmodernidad y que nosotros podemos ejemplificar mediante un somero análisis de una de sus dimensiones: la aproximación hermenéutica al analizar un texto.

De un modo sucinto podemos resumir la situación actual señalando que se trata de un momento de transición hacia un nuevo paradigma en el acto de la comunicación: en la *modernidad* se privilegió al autor, la *posmodernidad* privilegia al texto, en el discurso *antrópico*¹ (simbolizado ahora por el hipertexto) se privilegia al lector. Pero antes de regresar de nuevo al estudio del hipertexto, desarrollemos un poco más esta afirmación para poder

¹ Aunque más adelante nos vamos a referir al *discurso antrópico* de un modo más amplio, las referencias serán breves y en función de nuestro estudio del hipertexto. Para un desarrollo más puntual véase mi libro *Mas allá de la pos-modernidad el discurso antrópico y su praxis en la cultura iberoamericana*, Madrid, Miletó, 1999

comprender las implicaciones que conlleva el cambio de paradigma. Y vamos a hacerlo a través de una reflexión sobre los tres momentos antes mencionados.

2. Autor-texto-lector

LA estructura tradicional implícita en todo texto, y dimensión fundamental en el debate actual, supone un “emisor” (autor), un “mensaje” (texto) y un “receptor” (lector). En la estructura de la modernidad el énfasis recaía en el intento de proyectar el significado como exterioridad, como un proceso mecánico cosificado en un “emisor-mensaje-receptor”. O sea, se equiparaba el acto de comunicación con el de causa-efecto de las producciones humanas. De ahí que se hablara de un:

- a) “emisor” en el sentido de una máquina que codifica un sistema de signos (pensemos en cómo funciona el teléfono);
- b) de un “receptor” en el sentido igualmente de la máquina al otro extremo que recibe la información y reproduce (decodifica) de nuevo exactamente el mensaje emitido;
- c) de la idea de un “mensaje”, es decir, de una decodificación unívoca que hace coincidir al “emisor” en el “receptor”.

Sin duda éste es el esquema depositario (mecánico) que podemos observar en la “comunicación” entre las producciones humanas (el teléfono, la televisión, las computadoras, son buenos ejemplos de dicha precisión: recreación exacta del mensaje emitido en el receptor). Pero esta transmisión de información (o comunicación en un sentido metafórico), lo es sólo en el plano lineal de la comunicación depositaria que fija un proceso siempre repetitivo y reproducible (la pronunciación, por ejemplo, de la palabra “guiño” según la codificación del idioma español). Esta terminología mecanicista servía en el discurso de la modernidad para representar un complejo cultural basado en la palabra impresa, el poder de la autoridad (el autor, el mensaje), en el mantenimiento, en fin, de una estructura de poder de tradición milenaria (la producción impresa se inicia en el siglo xv, pero sólo en el siglo xix se acepta entregar el poder de la lectura a las masas a través de la educación pública). La educación pública inicia, a su vez, la salida del “genio de la botella”, y el auge de los medios de comunicación a mediados del siglo xx trae consigo el ineludible cuestionamiento de esas bases de poder: el signo, símbolo y fundamento del poder, entran en crisis. El paradigma de la modernidad, centrado en la autoridad

del autor y en la univocidad del mensaje, se empieza a cuestionar. Surge así el discurso de la posmodernidad (duda en las estructuras de la modernidad). El nuevo discurso se va a centrar en el “mensaje”, que se erige ahora como arma de combate. Se empiezan a ver los signos como representaciones simbólicas, como contextos metafóricos que en última instancia se actualizan independientes del autor, capaces, en el tiempo, de infinitas posibles contextualizaciones y, por tanto, incapaces en última instancia de llegar a significar.

Esta posición, en definitiva “anarquista”, del discurso de la posmodernidad va a ser confrontada desde un discurso de la comunicación: un discurso antrópico. De nuevo se inicia un cambio (una re-visión) de paradigmas. Si el “mensaje” es inestable, como demuestra el pensamiento de la posmodernidad, pero al mismo tiempo la comunicación es posible, como revela nuestra experiencia cotidiana, se hace necesario prestar ahora atención a la fase final de la comunicación: al receptor. Pero antes es necesario problematizar, cuestionar el esquema “emisor-mensaje-receptor” desde dos dimensiones fundamentales: *a)* la estructura mecanicista que implica y *b)* el centro desde el cual adquiere sentido la relación. El primer aspecto nos parece ahora obvio. El referente en cualquier acto de comunicación no puede ser “el proceso mecánico” sino “el ser humano” en el acto de comunicarse. Una simple transformación en los términos antes anotados nos facilitará comprender la dimensión del cambio. En el discurso de la modernidad el proceso era unidireccional y unívoco: emisor >mensaje >receptor. En el discurso antrópico el referente es el ser humano y el proceso es multidireccional: autor<=>texto<=>lector.

El autor contextualiza el acto de comunicación en un texto; es decir, en un sistema de signos que corresponde a un contexto social. Ambos, autor y contexto social, se encuentran en una relación de mutua influencia e inmersos en la historicidad de su propio devenir. Y si bien siguen procesos semejantes, nunca llegan enteramente a coincidir. El producto de este intento de comunicación es un texto (sistema de signos inserto, como dijimos, en su propia historicidad). La comunicación, sin embargo, sólo se efectúa en el lector (incluso en la lectura que el propio autor pueda hacer de su obra).

Visto de este modo el proceso, podemos afirmar que el texto en sí no significa. El significado reside en el lector y en la apropiación que éste haga del texto. De ahí el cambio de paradigma; la

perspectiva se traslada ahora al lector. No se trata de un texto con múltiples significados, sino de un lector (o múltiples lectores) que se apropian del texto desde múltiples contextos. En otras palabras, la modernidad se articulaba a través de un centro fijo que daba lugar a la estructura “emisor→mensaje→receptor” con un sentido unívoco. La posmodernidad descubre la naturaleza historicista del “mensaje” y rechaza la estructura de la modernidad que permitía (imponía) el sentido unívoco, pero su énfasis en el “mensaje” desconoce el referente humano y se inhibe impotente de significar. El discurso antrópico, discurso de la comunicación (discurso dialógico), regresa al referente humano. Ahora bien, el lector sólo se concibe desde el proceso dinámico de su contextualización, y como núcleo de constante recodificación de su propia contextualización. Detengámonos un momento en esta afirmación que es fundamental para comprender después el significado del hipertexto. Hagámoslo también a través de un concepto concreto y de la aplicación ulterior de dicho concepto a una situación también concreta que lo ejemplifique y le otorgue validez. Veamos la posición de los tres discursos ante la “otredad” y la llegada de Colón a América en 1492:

a) *Discurso de la modernidad: mi centro como universal.* La modernidad se ordena a través de un centro incuestionable, que se erige en paradigma de todo acto de significar y que se proyecta en imposición logocentrista: la verdad como algo transferible. El error y la verdad en el discurso de la modernidad es algo tangible e independiente del sujeto conocedor, o sea indiferente a su contextualización. Desde el discurso de la modernidad, la “otredad” era juzgada desde *mi* contextualización y en función a *mi* contextualización. Por ello se habla de la llegada de Colón a América como “descubrimiento”; es decir, el centro europeo como único portador de significado.

b) *Discurso de la posmodernidad: desconstrucción de todo centro como foco unívoco de significado, con lo que se pospone su definición.* La posmodernidad es la duda de la modernidad, es la perplejidad ante el descubrimiento de lo fatuo y quimérico de creer en la existencia de un centro unívoco que se proyecte como referente de toda significación. Desde el discurso de la posmodernidad se reconoce el derecho de la “otredad” a su propio discurso, pero ambos discursos se erigen independientes. Así, entre los muchos discursos posibles, se habla de la conquista de América, de la destrucción de América, del descubrimiento de América etc.,

o se opta por usar el término más neutro de “el encuentro con América”.

c) *Discurso antrópico: definición en la transformación.* La antropocidad implica una abstracción del concepto de “centro” que aporta la modernidad (de todo centro como punto fijo y unívoco), para colocar en primer plano la historicidad de la “estructura” misma. El centro antrópico es un centro dinámico, un centro sujeto a la continua transformación. Es un centro que sólo se concibe en el proceso dinámico de su contextualización y como núcleo de codificación de dicha contextualización. En el discurso antrópico, la “otredad” pasa a ser un punto más en la contextualización de mi discurso y, como tal, esencial en el momento de pronunciarme: el discurso antrópico asume la “otredad” como paso previo al acto de significar. El texto, en este caso la llegada de Colón a América en 1492, se leerá como descubrimiento desde una perspectiva europea; como conquista desde la perspectiva de la Colonia; como saqueo y destrucción desde la perspectiva de los pueblos precolombinos. Es decir, el “hipertexto” de este texto incluiría todas esas perspectivas como complementarias, pues el concepto de “descubrimiento”, legítimo desde la perspectiva española, no se comprenderá en su amplio significado si no se considera que fue también “conquista” y “destrucción”.

3. *El hipertexto y su contexto social*

UNA VEZ establecida la perspectiva filosófica anterior, podemos fijar una aproximación coherente al hipertexto, que nos permita al mismo tiempo superar las controvertidas afirmaciones que surgían desde el discurso de la posmodernidad. Vamos a iniciar este proceso entrando primero en diálogo con las distintas caracterizaciones del hipertexto, para proceder luego a establecer una incipiente tipología.

3.1. *Técnica y sociedad*

COMO quedaba ya implícito al comienzo de nuestro estudio, tanto los defensores como los detractores del texto electrónico lo hacen desde la perspectiva de la modernidad. Ambas posiciones coinciden igualmente con enfoques opuestos en el debate posmoderno. Y ambos, productos al fin de una misma cultura, concuerdan en

considerar a la tecnología como algo anterior, causal y neutro. No vamos a detenernos en analizar estos tres conceptos ni las múltiples contradicciones que encierran, pero sí se hace necesario mencionar algunas de las conclusiones que a través de ellos se proyectan. Se dice, por ejemplo, que el hipertexto no debe unirse a ninguna ideología ni poética en particular (Aarseth 1991: 68), pero al mismo tiempo se insiste en que “las divisiones de las culturas en orales, quirográficas, tipográficas y electrónicas o digitales, hacen referencia precisamente a los sistemas de transmisión de los diferentes contenidos” (Aguirre: 1997). Es decir, lo mismo que en el campo de la crítica posmoderna se privilegia al texto, relegando a posición secundaria (o ignorando) al autor o lector, en el campo de la técnica el énfasis se concentra en la máquina, sin considerar las fuerzas sociales que motivaron primero su creación y luego su perfeccionamiento. Se trata, para los que no logran superar la posmodernidad, del clásico conflicto entre el ser humano y la máquina, y que ejemplifica la siguiente cita de Duguid:

La aparición de múltiples nuevas tecnologías probablemente está cambiando no sólo obras particulares sino también el sistema social en relación al que se leían y escribían dichas obras. Habrá que tener cuidado e inteligencia para negociar esos cambios, y la tarea se hará inevitablemente más difícil si se realizan los cambios en los procesos materiales independientemente de las prácticas sociales que suscriben (1998: 93).

Pero el fenómeno de la aparición de nuevas tecnologías no es nuevo. El rollo de papiro, el códice, el texto impreso (libro), la máquina de escribir, o la tinta y el bolígrafo, no son nada más que algunos ejemplos de la “constante” aparición de nuevas tecnologías. Lo que se perdió en el análisis anterior fue el referente humano y su contexto social como creadores de dichas tecnologías. Antes de continuar con la reflexión teórica, conviene hacer una analogía que nos permita establecer el contexto sociocultural del hipertexto. Vamos a partir igualmente de la perplejidad de Lacan ante el discurso de la posmodernidad. Jacques Lacan reconoce que “la idea de una unidad unificadora de la condición humana ha tenido siempre en [él] el efecto de una mentira escandalosa” (1970: 190). Llega a esta conclusión por haber invalidado previamente, como Derrida, la posibilidad de una estructura fundamentada en un centro prefijado, inmóvil e independiente de su propia contextualización. Pero es precisamente esta eliminación del centro lo que le

deja perplejo: “La vida se desliza por el río, tocando de vez en cuando una orilla, deteniéndose por un momento acá y allá, pero sin comprender nada —y esto es lo fundamental del análisis, que nadie comprende nada de lo que sucede” (*ibid.*). Buen epítome de una situación: nos plantea la problemática y el problema y a la vez proporciona una analogía válida para nuestro enfoque. Lacan percibe el fluir de la vida, su dinamicidad, pero la ve pasar desde la orilla (desde múltiples centros inmóviles que se posicionan como si trascendieran su propia contextualización en la estructura) y se reconoce incapaz de fijarla: la imposibilidad de definir el río desde uno de sus puntos en la orilla.

Como ya apuntamos al comienzo y desarrollaremos más adelante, los entusiastas del texto digital lo consideran como un proceso de liberación: el contenido (el texto) se libera de las limitaciones del continente (el libro impreso). La analogía del río, sin embargo, puede abrirnos la puerta a una nueva dimensión de pensamiento que supere la perplejidad que invade a Lacan. Desde la posmodernidad (Lacan en el caso de esta analogía) no se establece una relación entre la orilla y el río. Aun reconociendo Lacan que “nuestra vida se desliza por el río”, todavía espera comprenderla desde un punto en la orilla (o sea, atrapar el movimiento en un punto en el tiempo). Eso es lo que se hizo desde la modernidad; se articulaba la definición desde un punto fijo que se proyectaba luego como trascendente: así se podía hablar del “descubrimiento de América” como concepto válido universalmente. La posmodernidad descubre la existencia de otros puntos en la orilla del río de nuestra analogía. Reconoce por ello que los conceptos de “colonización”, “conquista” y “destrucción”, entre otros muchos, pueden igualmente aplicarse a los sucesos en América —aquí la perplejidad de Lacan. Pero sucede que el río (nuestro devenir) no es ni el agua sola ni la orilla. Ambos no existen aislados. La orilla se define a través del agua que limita; y las características del agua que fluye están íntimamente relacionadas con el cauce por el que fluye. El agua forma y transforma las orillas, a la vez que éstas le dan forma (aunque en constante mutación).

Una vez establecidas las anteriores reflexiones, regresemos ahora de nuevo al hipertexto y a la preocupación de Duguid que anotamos más arriba: “Habrá que tener cuidado e inteligencia para negociar esos cambios, y la tarea se hará inevitablemente más difícil si se realizan los cambios en los procesos materiales independientemente de las prácticas sociales que suscriben” (1998: 93). Duguid men-

ciona al hablar del libro y del hipertexto la analogía del río, pero lo hace desde el pensamiento de la posmodernidad, por lo que ve los cambios sociales y técnicos como procesos en cierto modo independientes. Desde el discurso antrópico, sin embargo, observamos la relación entre contenido y continente de modo semejante a la relación entre las orillas y el agua que forman el río. Ambos son inseparables, ambos se forman y transforman en mutua dependencia. Sólo de un modo simbólico podemos hablar de la cultura del código, de la cultura de la imprenta y de la cultura digital hoy en día. El código, el texto impreso o el texto digital, son apenas las orillas que la corriente de nuestras transformaciones sociales van formando. Unas moldean a las otras (las orillas a la corriente / la corriente a las orillas). El texto digital, el hipertexto, se encuentra íntimamente relacionado con los avances en la comunicación, con los procesos de globalización y, en fin, con la generalización de la alfabetización. Así, por ejemplo, la propuesta de una educación liberadora, que articula Paulo Freire ya en la década de los sesenta, encuentra hoy en el hipertexto un aliado natural.

Comprender esta relación entre forma y contenido es fundamental para superar luego tanto las proyecciones utópicas como aquellas visiones apocalípticas de nuestro futuro en “el mundo del hipertexto”. Detengámonos por un momento en la siguiente afirmación de Doug Brent:

Se puede establecer que lo que actualmente valoramos en la educación moderna está relacionado no sólo con el texto, sino con el texto impreso. El crecimiento cognitivo, la contemplación y la reflexión, la habilidad de interiorizar los procesos de pensamiento a través de formas y estructuras y, quizás, la habilidad de pensar con argumentos preposicionales sean una construcción de la era de la imprenta.

Pero la expresión “una construcción de la era de la imprenta” parece indicar una caracterización jerárquica. Parece como si fuéramos incapaces de concebir nuestra realidad (social o individual), como devenir, como ser en la transformación. Se regresa una y otra vez a la aporía de la modernidad de establecer prioridad entre el huevo y la gallina. Paul Duguid usa el ejemplo del periódico para expresar la misma relación:

Desde luego, los periódicos ofrecen información en forma de noticias, pero antes de hacerlo, las elaboran. Las noticias no se fabrican en otro lugar y luego se trasladan a papel, afirmando la simple y dualista separación entre

información y tecnología. Las noticias se elaboran cuando se edita el periódico, que decide no tanto qué noticia va a salir, sino que lo que encaja y se publica es noticia (1988: 91).

Que la orilla moldea el cauce del río es cierto. Pero también el agua, con su acción constante, crea las orillas que la contienen, que se conforman a su fluir y se modifican cuando se altera el correr del agua. Es decir, el hipertexto (unos puntos en la orilla del río de nuestros procesos sociales actuales) es un producto y a la vez conforma el fluir (la transformación) de nuestras estructuras culturales. El hipertexto es una herramienta, y como herramienta, nos dice con acierto Murray, “posee significado social, refleja valores y prácticas sociales” (2000: 54). Es decir, “la tecnología no es la causa de los cambios cognitivos o sociales, sino más bien amplifica las creencias y valores contemporáneos que posee una sociedad en particular” (*ibid.*: 49). Ambos —técnicas y prácticas socioculturales— se encuentran ineludiblemente relacionados: los procesos de globalización, los focos regionales de reivindicación étnica, los medios de comunicación masiva, el hipertexto y el inherente “anarquismo” que conlleva el privilegiar al lector, todos ellos son a la vez orilla y caudal que contienen y modifican el paso del río de nuestra sociedad actual.

3.2. *Del texto impreso al hipertexto*

El proceso acelerado de las transformaciones que venimos experimentando en las últimas décadas y que reconocemos sin más en algunas facetas de nuestra vida social, que por sus características son factibles de cierta cuantificación (por ejemplo la dimensión económica de la globalización), tienen igualmente su contrapartida en la forma en que transmitimos y generamos los conocimientos. Del texto impreso se está pasando al hipertexto digital. En el mundo académico esta transformación se simboliza a través del debate sobre el “futuro del libro”. Y si bien es cierto que surgen voces que afirman que “las limitaciones técnicas y la construcción social siempre se relacionan de forma que es imposible separarlas” (Bolter 1998: 258), la nota característica sigue siendo el confrontar la técnica sin su contexto social. “Leer una pantalla no es lo mismo que leer un libro” (1998: 308), nos dice Umberto Eco todavía en 1996. Por lo que puede luego afirmar que “los libros seguirán siendo imprescindibles no sólo para la literatura sino para

cualquier circunstancia en la que uno deba leer con atención, no sólo recibir información sino también especular y reflexionar sobre ella" (*ibid.*). Sólo cinco años han bastado para anular esta afirmación. En realidad se trata de un debate recurrente, como expone Carla Hesse en su estudio sobre "Los libros en el tiempo", y que tiene mucho más que ver con la preservación de estructuras de poder ya establecidas. A este punto, nos interesa reafirmar, como señala Murray, que "la introducción de la escritura no reemplazó la comunicación oral; la llegada de la imprenta no reemplazó la escritura; la comunicación electrónica no ha reemplazado la imprenta. Cada una existe como parte de la complejidad de las formas de comunicación disponibles para uso de los seres humanos y sujetas al contexto del acto de comunicación" (2000: 54).

La nota dominante en el debate sobre el texto impreso y el hipertexto digital se centra en ciertas premisas que anulan su posible entendimiento: *a)* ver la técnica como motivadora de la transformación; *b)* creer que se trata de sustituir el texto impreso por el hipertexto digital; *c)* ver el proceso independiente de las transformaciones sociales; *d)* juzgar el sentido de la transformación por las limitaciones técnicas actuales; *e)* personificar el texto y suponer que el hipertexto digital es una "liberación del texto".

Anteriormente usamos ya la analogía del río; recordemos aquí sólo la relación que establecíamos entre orilla y caudal, como paso previo para comprender la íntima correlación entre los procesos sociales y las técnicas que van surgiendo de dichos procesos. Desde la perspectiva del campo de los géneros literarios, establecimos ya que se trata del paso de la hegemonía del autor a la hegemonía del texto, y de ésta a la del lector. Este paso lo asociamos igualmente a tres discursos sucesivos: *a)* el discurso de la modernidad, *b)* el discurso de la posmodernidad y *c)* el discurso antrópico. La imprenta responde al contexto social de su época en el intento de fijar el texto, de reconocer la soberanía del autor, de posibilitar la creación del canon (la "literatura" como colección de obras consagradas como canónicas). El proceso fue lento, tanto en el aspecto formal de la creación del libro, como en aceptar la alfabetización general que llevaba implícita la obra impresa. Pero esa transformación social también traía consigo la interpretación del texto para el consumo de las masas ahora alfabetizadas y el surgir de los "profesionales" de la literatura.

La explosión en los medios de comunicación durante el siglo xx descentraliza las construcciones logocentristas que prolonga-

ban el dominio del discurso de la modernidad. El texto impreso deja de ser modelo de estabilidad. Todo libro, nos dice Foucault, “está envuelto en un sistema de citas de otros libros, de otros textos, de otras frases, como un mundo en la red” (1984: 37). Esta imagen, “un mundo en la red”, de 1969, es la que comienza a realizar el hipertexto digital. Destruído el simulacro de estabilidad del texto, se entra ahora poco a poco en un nuevo paradigma, en un discurso antrópico, en el que lo importante es precisamente la dimensión dinámica, la posibilidad de una constante contextualización. Tras un largo camino se comienza a legitimar la posición del lector, es decir, “el libro, el autor, el lector y la biblioteca en términos de tiempo, movimiento y modos de acción, en lugar de en términos de espacio, objetos y actores” (Hesse 1998: 35).

Tales son las transformaciones que enfrenta el libro impreso. No se trata de una nueva tecnología que viene a “sustituirlo”, sino de una nueva percepción social, un nuevo modo de interpretar nuestra vida, lo que va a exigir del texto nuevas capacidades que el texto impreso no siempre puede ofrecer. Según el hipertexto vaya poco a poco adaptándose a las nuevas necesidades, irá también sustituyendo el texto impreso. El proceso será lento y desigual, pues, y merece la pena recordarlo, no es la técnica la que lo determina, sino la transformación social en cuanto a nuevas necesidades y expectativas. Por ejemplo, en el mundo de la técnica, el hipertexto se ha impuesto ya al libro impreso. Los manuales técnicos se escriben hoy día en hipertexto y se consultan en forma digital. Esta transformación, tan notable como lo fue en su época la del libro impreso, repercute de un modo especialmente dramático en el mundo académico. Su impacto, en efecto, podría ser inmediato y radical en su aplicación a la enseñanza, pero justamente por eso, es en la Academia donde se forman las trincheras reaccionarias aferradas al mantenimiento del *statu quo*.

El libro académico, sobre todo en las humanidades y ciencias sociales, siempre ha sido un intento de establecer relaciones intertextuales en diferentes niveles de contextualización. Pero también ha sido una estructura de poder y de distribución del poder. La versión digital de dichos textos, la aproximación más apropiada para su contenido, transforma y traslada las estructuras de poder a parámetros que ya no pueden controlar los que ahora disfrutaban el poder. De ahí la oposición a reconocer valor a aquellos estudios publicados en la red. Landow lo predecía hace ya una década, cuando reconocía en el hipertexto:

El potencial de un cambio radical en el papel del estudiante, del profesor, de las asignaciones, de las evaluaciones, de las listas de lectura y de las relaciones entre instructores, cursos, departamentos y disciplinas. No es maravilla —continúa Landow— que tantos profesores encuentren suficientes “razones” para no ocuparse del hipertexto. Quizás lo que asusta al profesor más que nada, es que el hipertexto sea la respuesta a las esperanzas más sinceras del maestro, de educar a estudiantes con una mente independiente que aceptan responsabilidad por su educación y que no se intimidan en disentir y retar (1992: 268).

4. El hipertexto y su naturaleza

UNA VEZ introducidas las reflexiones anteriores, que trasladan el contexto social que implicamos con la analogía del río (mutua relación entre orilla y caudal) al campo del hipertexto, podemos ahora enfocarnos en qué entendemos por hipertexto. Vamos a continuar aproximándonos a dicho término en diálogo con algunas de las interpretaciones propias de este periodo de transición. Esta confrontación se hace necesaria para ir deslindando los juicios precipitados que se originan de identificar el hipertexto con técnicas o modelos incipientes, o aquellas afirmaciones que se originan en el recelo a lo desconocido o, en fin, de aquellos criterios que proceden de interpretar el hipertexto desde el discurso de la modernidad o de la posmodernidad. Vamos a discutir el hipertexto con relación, entre otros, con el concepto de intertextualidad, de hipotaxis, parataxis y fragmento, de lineal, no-lineal y secuencial, de centro y descentralización.

4.1. Texto, intertextualidad, hipertexto

EL hipertexto surge en los primeros usos experimentales en la Internet con un aura iconoclasta. No sólo se veía el hipertexto como una posible liberación de las reglas a las que la academia había sujetado el texto, sino también como un borrar la separación (distancia) entre el autor y el lector, sin mediación ahora del crítico. Desde ciertos sectores del mundo académico se veía, pues, que el texto, cimientto de su poder, se “convertía” en hipertexto y proclamaba su independencia. Con base en estos primeros intentos, en efecto anárquicos, se inicia su descalificación. En este sentido nos dirá Riffaterre que la “intertextualidad, una red estructurada de limita-

ciones generadas e impuestas por el texto a la percepción del lector, es exactamente lo contrario a la red [hipertexto] sin estructura de asociaciones libres generadas por el lector” (1994: 781).

Conviene que nos detengamos en esta afirmación. Ante todo importa señalar que se formula desde el discurso de la modernidad, que atribuye al texto un significado independiente del lector o del contexto de la lectura (“limitaciones generadas e impuestas por el texto”). Esta postura lleva también implícita la necesidad de mediación académica para alcanzar la “justa” interpretación del texto, o sea, la interpretación académica del texto. Más importante todavía para perfilar el concepto de hipertexto es la suposición que hace Riffaterre de que el hipertexto no posee estructura y de que ésta, en cualquier caso, depende de la libre asociación del lector. Muy al contrario, el concepto de hipertexto regresa al sentido original de texto, de *texere*, en su significado de trenzar o entretejer. Es decir, encuentra su razón de ser precisamente en la intertextualidad y potencialidad de contextualización latente en todo texto. El hipertexto, en efecto, está formado por una serie de *lexias* (bloques de textos enlazados). Su estructura, lejos de ser caótica, simplemente actualiza un elemento en potencia en todo texto: su posibilidad de ser complementado a través de múltiples contextos y de posibles proyecciones intertextuales implícitas en él, y que en el hipertexto se representan a través de lo que ya se conoce con el nombre de *lexias*, o sea textos enlazados.

Más reveladora todavía es la afirmación de Riffaterre de que el hipertexto es un conjunto de “asociaciones libres generadas por el lector”. Aunque desde el código de la modernidad lo que quiere decir es que se trata de asociaciones no previstas por la ortodoxia académica, esta afirmación tiene también otros alcances. Nos encontramos todavía en la infancia del hipertexto, y podemos muy bien imaginar hipertextos colectivos de múltiples proyecciones según el genio de cada participante. Pero eso no dejaría de ser una de las muchas expresiones posibles en el uso de éste. Sin embargo, en su uso generalizado, no conlleva la destrucción (anulación o desaparición) del autor ni del texto. Lo que de momento aporta es una posible apertura a la perspectiva de múltiples lecturas y del lector múltiple. Es decir, el autor del hipertexto (y sí, sigue habiendo un autor que crea y por tanto controla a su modo el texto), escribe ahora contando con los deseos/necesidades del lector, y potencia su autonomía a través de enlaces que llevan de unos hipertextos a otros. Incluso, según la técnica y el avance del

hipertexto incrementa su fiabilidad, la red creada por un hipertexto incluirá enlaces con otros en otros lugares en la Internet, creados por otros autores y posiblemente con propósitos diversos.

Ahora podemos comprender mejor las limitaciones de la afirmación anterior de Riffaterre que habla “de asociaciones libres generadas por el lector”. La red original de un hipertexto es siempre creada por un autor desde una perspectiva dialógica (desde lo que venimos denominando discurso antrópico). El autor del mismo busca comunicar no sólo un concepto, sino también las relaciones intertextuales y procesos de contextualización que le permiten enunciar su concepto. El lector ahora es libre de seguir los enlaces a una u otra lexia, según sus propios intereses o según las asociaciones que el mismo texto le han sugerido. La libertad del lector es en cierto modo real, pero sólo en el sentido de la percepción de poseer la opción de seguir uno u otro camino. El hipertexto, con toda la complejidad de lexias que pueda incluir, sigue siendo una estructura y obra de un autor (o equipo de autores).

Repitémoslo de nuevo. Comprender su naturaleza es tomar conciencia de que nos estamos moviendo hacia un nuevo paradigma. Lo que desde los discursos de la modernidad y posmodernidad nos puede parecer incomprensible, cuando no absurdo, encuentra su explicación y razón de ser desde el discurso antrópico. Es decir, lo que parece incongruente desde unos discursos que privilegian al autor o el texto, fluye natural desde la perspectiva del lector que se impone ahora con el nuevo paradigma. Analicemos las implicaciones de lo anteriormente dicho a través de la siguiente afirmación: “La dispersión conceptual de la textualidad que tiene lugar en el hipertexto puede ser reflejo de un sujeto descentrado que se aproxima a dicha textualidad descentrada” (Gaggi 1997: 111). Pasemos por alto la imposibilidad de una “textualidad descentrada”, puesto que todo texto entraña una textura, o sea un armazón, un entrelazado. Y aunque más adelante trataremos este tema, conviene ahora señalar que cada uno de los discursos anteriormente mencionados aportaba también un concepto propio de “centro”. En el discurso de la modernidad el autor proporcionaba el centro. Comprender un texto era comprender lo que el autor deseaba comunicarnos. En el discurso de la posmodernidad el texto se independiza del autor. El centro ahora está en el texto mismo (y claro, en el académico convertido en crítico y con autoridad para desconstruir dicho texto). En el discurso antrópico, ejemplificado en nuestro caso por el hipertexto, es el lector quien,

en el mismo acto de la lectura, construye el centro; y por centro se entiende ahora el contexto desde el cual se efectúa la lectura. El hipertexto, con sus múltiples lexias enlazadas entre sí, facilita también una multiplicidad de lecturas. Pero que la lectura (el centro desde el cual se lee) no coincida con el centro del autor (discurso de la modernidad), ni con los múltiples centros que el crítico ve en el texto (discurso de la posmodernidad), no significa que el lector proceda de un modo arbitrario, ni que el recorrido seguido sea incoherente. Significa únicamente que el orden, la estructura, el centro, es ahora construcción del lector. Observemos también que el hipertexto (desde el discurso antrópico) no anula la perspectiva del autor ni el sentido medular del texto, que ahora se impone no sólo por su inherente intertextualidad, sino también por la red hipertextual (las lexias enlazadas), que responde directamente al centro establecido por el autor. Únicamente potencia, privilegia al lector en el momento de establecer su relación con el autor y el texto.

4.2. *El hipertexto y la fragmentación (hipotaxis y parataxis)*

PARECE inevitable que nuestra aproximación al hipertexto esté influida por la presencia del libro impreso. Especialmente por la sensación de unidad que aporta su realidad física: una forma definida y reconocible, cierta separación entre texto, imagen y sonido, la percepción de poseer un principio y un fin, un surco estructural desde la primera a la última página. El hipertexto, que borra todas esas líneas de separación, se nos presenta entonces como mezcollanza, como fragmentos yuxtapuestos. La necesaria contextualización e intertextualidad, que se produce al situar las unidades individuales de lectura dentro de una red de fáciles rutas de navegación, produce el efecto, nos dice Landow, de “debilitar y quizás destruir el sentido de la singularidad textual” (1992: 65). Y de modo más directo señala que “el hipertexto fragmenta, dispersa, o atomiza el texto en dos maneras relacionadas. Primero, al remover la linealidad del [texto] impreso, independiza a los distintos segmentos de un principio ordenador —secuencial— y amenaza en transformar el texto en caos. Segundo, el hipertexto destruye la noción de un texto fijo indiviso” (*ibid.*).

En realidad, tanto quienes promueven el uso del hipertexto (Landow) como quienes lo combaten parecen estar de acuerdo en su carácter fragmentario. Unos lo ven como liberación, pues “la

estética del fragmento implica un escurrirse, eludiendo el centro y responde a una expresión de lo caótico, y a la necesidad de alejar el monstruo de la totalidad” (Rodríguez). Otros ven, precisamente en esta situación, un peligro:

¿Puede llegar el hipertexto, con su tendencia a privilegiar infinitas hipotaxis en lugar de parataxis, a desalentar el rigor intelectual de entretejer las ideas de los demás en un argumento coherente? ¿Estamos adjudicando nuestra herencia de inquisición filosófica por un revoltijo de enlaces? (Brent 2001).

La posición de Brent parece legitimarse en el proceso de su argumentación. Parte de la premisa de que el hipertexto “privilegia infinitas hipotaxis” (lexias subordinadas unas a otras por carecer de unidad propia), para concluir que “el hipertexto, simplemente, quizás no sea el medio correcto para estimular la disciplina mental e indagación social madurada a lo largo de tres mil años de interacción retórica en el lenguaje y en la escritura”.

Y sin embargo, no es únicamente nuestro convivir con la realidad física del libro la que motiva que se asocie al hipertexto con una red de fragmentos. Se trata, como venimos enfatizando desde el comienzo de este estudio, de una perspectiva filosófica, de un modo de vivir e interpretar nuestra realidad desde el discurso de la modernidad. Desde el campo de la lingüística, el texto impreso es también una serie de hipotaxis y parataxis, es decir, frases (fragmentos) unidos en relación subordinada o coordinada. La crítica posmoderna ha demostrado igualmente el sentido fragmentario de todo texto desde la visión *holista* que proyecta la modernidad. No es, por tanto, la posible calidad de “fragmento” la que individualiza al hipertexto. Se trata, de nuevo, de la perplejidad ante un nuevo paradigma, ante un nuevo modo de ver la realidad, ante la posición privilegiada que ahora adquiere el lector.

Desde el discurso de la modernidad el hipertexto se presenta ciertamente como algo tenebroso, pues, como señala Brent, “estamos acostumbrados a leer el texto impreso en su totalidad”, ya que, “sentimos miedo de perder algo importante, alguna parte del argumento que es clave para comprender el sentido del autor”. Brent busca al autor en el texto; su lectura es una pregunta por “la verdad del texto”, por su proyección universal, por su sentido trascendente. El hipertexto, como reconoce con acierto Brent, “permite al lector escoger no sólo lo que va a leer, sino también el

orden en el que lo va a leer". Y es esta peculiaridad, creen los críticos de la modernidad, la que lleva a una situación caótica: "¿Cómo podemos ser críticos si no podemos ya leer? ¿Cómo pueden los reseñadores del hipertexto confrontar el hecho de que probablemente no llegaron a leer un gran número de lexias? Y, peor aún, no sólo tendremos que reconocer que apenas hemos escarabado la superficie, sino que en la exploración de un número indeterminado de hipertextos, lo que estaremos reseñando es el resultado de nuestra propia estrategia e iniciativa creadora" (Aarseth 1994: 82).

Las posiciones y preocupaciones anteriores provienen de la creencia de vivir en un mundo estático, de la creencia en la estabilidad del texto, de la creencia, en fin, de que el texto posee un sentido unívoco, independiente del espacio y del tiempo, es decir, independiente del lector. Sólo desde tal perspectiva puede causar temor el hipertexto y puede tener sentido la siguiente afirmación de Gaggi: "Cuando un lector se pierde en un laberinto de nodos y enlaces hipertextuales, ese lector se encuentra realmente extraviado" (1997: 122). Si Silvio Gaggi se refiere a un lector que no sabe leer hipertextos, su conclusión es correcta, pero lo mismo podríamos decir de una persona que no sabe leer el texto impreso. Si por el contrario, se refiere a que dicho lector sigue en su lectura un camino no previsto por el autor o el crítico, nos enfrentamos aquí a las distintas visiones del mundo que nosotros hemos ya identificado, y discutido, a través de lo que hemos denominado discurso de la modernidad, discurso de la posmodernidad y discurso antrópico. No se trata, como queda ya implícito en las páginas anteriores, simplemente de privilegiar ahora al lector en lugar del autor o del texto como en los discursos anteriores. El cambio es mucho más profundo. Nos trasladamos de concebir el mundo como realidad estática, a entenderlo como transformación. La lectura, por tanto, ya no trata de encontrar el significado del autor en el texto (aunque no anula esa posibilidad). La lectura ahora es un proceso íntimo en el cual el texto se contextualiza en el devenir del lector. Parafraseando a Antonio Machado diríamos que no hay texto, que el lector hace el texto al leer.

Desde la atalaya del discurso antrópico, las consideraciones anteriores sobre el hipertexto empiezan a adquirir una dimensión diferente. El concepto de fragmento pierde su sentido. Por supuesto, desde una perspectiva integral del conocimiento, no existe el hipertexto "completo", por lo que todo hipertexto será en este sen-

tido un “fragmento”. Ahora bien, desde la perspectiva del discurso antrópico, o sea, desde una posición que privilegia al lector como último eslabón en la creación de significado, el hipertexto deja de ser un fragmento. Expliquemos esta afirmación. Hemos indicado ya que un hipertexto es una serie de lexias mutuamente enlazadas que siguen múltiples procesos de intertextualidad en diversos planos de contextualización (en una analogía con el mundo del libro, diríamos que cada lexia es un volumen en un estante de una biblioteca). La lectura que ahora se va a hacer, en potencia, no responde ya a la posible visión original que tuvo su autor, ni a aquella estructura que quisiera imponer el “especialista”, sino a la propia interacción (quizás inédita en cada caso) de un lector con el texto. El hipertexto con sus múltiples enlaces facilita, en cierto modo, que el lector abra su propio camino, de acuerdo a sus intereses, a sus intuiciones, a las asociaciones pertinentes a su propio devenir. Visto de este modo, el hipertexto es todo lo contrario de una “colección de fragmentos”, como se le caracteriza desde el discurso de la modernidad, pues las distintas lexias que sigue el lector se actualizan en él como unidad, como estructura. En cierto modo, como el lector adquiere una percepción de autonomía, al avanzar según una u otra opción, la estructura a seguir puede tener más sentido personal, que aquella tradicional que le imponía el libro impreso.

De un modo semejante podemos confrontar aquellos juicios que ven al lector desorientado en la red de enlaces y posibles caminos que proporciona el hipertexto y que articula Gaggi con precisión en la siguiente cita: “El sujeto se traslada de punto a punto a lo largo de varios canales, de nodo a nodo a través de varios enlaces. Habrá abundancia de opciones posibles, pero el sujeto actúa sin conocimiento de dónde está y sin base suficiente para determinar dónde querría o debería ir” (1997: 100). Tal afirmación conlleva una postura elitista que deposita la posibilidad de leer (interpretar “correctamente” un texto) en el concepto original del autor o en el especialista. En efecto, cuando se habla del desconcierto del lector, se implica que sin una guía (la disposición lineal del texto impreso que impone un camino forzado al lector), o del previo descubrimiento de la “verdad” del texto que realiza el especialista, el lector no va a ser capaz de saber lo que quiere, sus pasos serán balbuceos producto de la desorientación. En el discurso antrópico, sin embargo, el objetivo de una lectura legítima no tiene por qué tratar de descubrir lo que

el autor pensó en el contexto de su vida, ni la interpretación que uno u otro crítico puedan dar a dicho texto, sino *mi* diálogo con el texto. Y con diálogo implicamos la propia experiencia de la lectura, y la de forjar desde ella el camino a seguir, que es siempre personal, independientemente de que pueda o no coincidir con el de otros lectores.

4.3. *La naturaleza multisecuencial del hipertexto*

UNO de los términos que más se repiten en el momento de describir el hipertexto es el de no-linealidad. En esta caracterización coincidentambién tanto sus defensores como sus detractores. Desde la definición lacónica de que “el hipertexto es simplemente una forma no-lineal de presentar información” (Amaral), a otras más precisas, se enfatiza una y otra vez este sentido del término: “El rasgo fundamental del hipertexto es su discontinuidad —el salto— el desplazamiento repentino de la posición del lector en el texto” (Aarseth 1994: 69). En tales definiciones domina, como ya señalamos en apartados anteriores, la perspectiva del libro impreso, pero interpretado éste como “natural” y como lineal. En esta afirmación de continuidad no se considera, por supuesto, la posible secuencia o falta de secuencia intertextual del libro impreso; el aserto alude simplemente a la aparente estructura secuencial de las páginas o de los capítulos. Consideremos por un momento tres caracterizaciones del hipertexto, expuestas por estudiosos que han producido textos seminales sobre el tema. Jaime Rodríguez lo juzga como parte de una estética anarquista, “en cuanto se opone al universo hierarco: jerarquizado, linealizado y prescrito”. Para Nielsen “es nosecuencial; no posee un orden singular que determine la secuencia en que se haya de leer el texto”. Landow nos dice al particular que:

El concepto (y experiencia) de un principio y un fin implica linealidad. ¿Qué sucede a tales conceptos en una forma de textualidad que no esté gobernada directamente por la linealidad? Si consideramos hipertextualidad una estructura con múltiples secuencias en lugar de carecer por completo de linealidad y de secuencia, entonces la respuesta a tal pregunta es que el hipertexto posee múltiples comienzos y finales en lugar de uno solo (1992: 77).

Desde el comienzo de este estudio venimos reiterando la necesidad de superar el discurso de la modernidad (la definición sin establecer el punto de referencia que la hace posible), o el discurso de la posmodernidad (aceptando múltiples perspectivas, pero sin contar con ellas). El hipertexto ejemplifica el funcionar del discurso antrópico, por lo que debemos aproximarnos a su caracterización señalando no sólo las premisas que nos permiten llegar a dicha caracterización, sino también completando su conceptualización a través de las distintas perspectivas que lo complementen. Regresemos ahora a las tres citas anteriores. La afirmación de Rodríguez, por ejemplo, no tiene sentido desde la perspectiva del autor de una red de hipertextos. El autor construye su red según una estructura predeterminada. Tanto las lexias como los enlaces que las unen, el lugar donde se colocan, lo que se incluye como lo que se omite, presupone no sólo una estructura, sino también un proceso de jerarquías. Desde la perspectiva del autor de un hipertexto el contenido posee definitivamente una secuencia lineal, o mejor dicho, multilineal, pues construye su red visualizando una multiplicidad de posibles trayectos. La afirmación de Nielsen asume igualmente el discurso de la posmodernidad. Descubre en el hipertexto el potencial de múltiples posibles secuencias en el acto de leer y por ello afirma su carácter *no-secuencial*. Como señalamos al comentar la afirmación de Rodríguez, la característica de no-secuencial, como la de falta de jerarquía, se refiere únicamente al carácter abierto del texto, al hecho de que ciertas dimensiones de intertextualidad y procesos de contextualización estén explícitamente desarrollados a través de lexias enlazadas. Pero una vez que nos trasladamos al campo del autor que crea la red del hipertexto, o al del lector que la *re-crea* en la lectura, de nuevo tendremos que reafirmar el carácter secuencial con que lo construyó el autor, y la interiorización secuencial que adquiere en el proceso de lectura.

La afirmación anterior de Landow se aproxima más al discurso antrópico. Toda lectura es una experiencia individual y secuencial en la intimidad del lector. Necesitamos, sin embargo, reflexionar sobre los conceptos de "principio" y "fin". Y debemos afirmar de modo inequívoco y desde el comienzo que todo texto, o hipertexto, posee un principio y un fin. Estos conceptos simplemente implican características diversas según se juzguen desde la perspectiva del autor, del texto o del lector. Como indicamos ya, el autor del hipertexto lo construye según una predeterminada estructura. En el discurso antrópico, en el mundo del hipertexto, los

conceptos de principio y de fin no coinciden con aquellos a que estamos acostumbrados en el texto impreso y que generalmente corresponde a la primera y última página. Hemos señalado ya repetidas veces el sentido de complementariedad que adquieren las distintas posiciones en el discurso antrópico. Ahora podemos ejemplificarlo a través de los conceptos de “principio” y de “fin”. El autor de hipertextos necesita combinar su estructura de lo que quiere comunicar, con las posibles necesidades, asociaciones, intereses, de los múltiples lectores. Si el lector dispone ahora de cierta libertad de trayectoria a través de los enlaces existentes en el texto, el autor debe considerar en todo momento que cada lexia pueda ser potencialmente la primera o la última en la trayectoria de un posible lector. El hipertexto, si está bien construido, tendrá en cuenta este factor (quizás sea necesario recordar aquí lo obvio: existen buenos y malos hipertextos, del mismo modo que existen malos y buenos libros impresos. Las reflexiones expuestas en este estudio se refieren al concepto ideal del hipertexto). Desde la perspectiva del texto, lo primero a tener en cuenta es que se trata de dos medios diferentes: el impreso y el digital. Lo que en el mundo del texto impreso, dimensión física y en cierto modo atemporal, puede tener validez, resulta inoperante en la dimensión digital. En el hipertexto, el principio y el posible fin vendrán estructurados a través de los enlaces. Cada lexia deberá tener en cuenta esta situación. El lector será quien decida dónde ir, pero el autor es quien va a colocar los enlaces que guiarán el juicio del lector. A través de estos enlaces se dará énfasis a la lexia que el autor considera el comienzo, y se podrá reiterar, en los lugares que el autor crea pertinentes, aquella otra lexia que concluye lo enunciado en dicho comienzo. En el texto impreso el lector está subordinado al texto. Los párrafos, las páginas, se suceden de forma predeterminada. El lector se sitúa en actitud pasiva, se encuentra atrapado en las dimensiones físicas del libro. Su única opción es aceptarlo o rechazarlo. Cualquier intento “activo” de contextualizar lo que lee, le lleva fuera de los límites de la unidad física de lo impreso. El hipertexto se construye desde una perspectiva abierta que permiten los múltiples enlaces a lexias con distintos procesos de intertextualidad (incluyendo enlaces a hipertextos afines pertenecientes a otras estructuras en la red).

El polo final, por supuesto, es el lector. El concepto de “alfabetización” en el mundo del texto digital ha cambiado; no basta ya con reconocer las letras; el hipertexto exige también un lector ac-

tivo. Su misma estructura requiere que el lector decida qué enlaces va a seguir. Siempre existirá la opción de elegir un enlace al azar, como ahora la tenemos de hojear un libro impreso. Por esta misma razón se ha impuesto ya el hipertexto en los manuales técnicos. El lector de estos textos siempre fue activo, hoy su función se facilita enormemente, pues cualquier referencia se encuentra ahora en la “siguiente página”, es siempre el enlace a la siguiente lexia. El futuro del hipertexto en las humanidades es potencialmente mucho más rico, pues deja de ser mecánico. Pero es precisamente en el campo de las humanidades, que supone un lector reflexivo, donde se encuentra más resistencia a su uso. El objetivo del libro técnico o de una enciclopedia es difundir conocimientos. En las humanidades la situación es más compleja. El conocimiento se convierte en imagen de poder a través del texto impreso; o sea, es fuente de control y mercancía en el sentido económico. El libro simboliza esos factores culturales en la estructura rígida que impone al “guiar” a los lectores del principio al final del libro. Después de todo, como señala Silvio Gaggi, “un libro posee un eje de desarrollo claro, con un principio un medio y un final” (1997: 101). Y aquí reside la percibida amenaza del hipertexto: el temor a que pueda debilitar dicho control. Regresemos de nuevo a las palabras de Gaggi que expresan con claridad esta situación: “La facilidad con que se pueden seguir los enlaces alejándonos del texto a otros textos y la facilidad de seguir rutas alternativas dentro del texto, no sólo debilitan el privilegio del texto original, sino también el sentido de que exista un solo eje dominante que dirija al lector desde el principio por el medio hasta el final” (*ibid.*: 102). Este texto de Silvio Gaggi es de 1997, pero su posición todavía prevalece hoy día. Es una posición de arrogancia académica. ¡Pobre lector!, abandonado a sus propias fuerzas:

Este tipo de sistema tiene implicaciones radicales para el sujeto. En el escenario más utópico se le entrega al sujeto el poder de una forma nunca antes posible. En el hipertexto no hay un eje central, ni una ruta clara para entrar o salir, ni coordenadas que tenga prioridad sobre otras coordenadas — excepto las que el lector determina. De este modo, careciendo de una autoridad o guía, el lector queda arrojado a sí mismo. Quizás encuentre instrucciones señalando cómo ir de un lugar a otro, pero no hay fuentes de valores ni de prioridades que le indiquen al lector qué dirección o ruta *debe* seguir (*ibid.*: 103).

Sólo desde la perspectiva del crítico que reconoce únicamente una lectura válida de un texto, pueden los enlaces a las diferentes lexias parecer un laberinto innecesario. El hipertexto es lineal (multilineal), tanto desde la perspectiva del autor como desde la perspectiva del lector, aun cuando no coincidan en el orden en que las distintas lexias debieran leerse. Además, se distingue, precisamente, por ser un texto abierto a múltiples posibles secuencias y por exigir una participación activa por parte del lector.

4.4. El hipertexto como espacio dinámico

UNA de las notas características, tanto de los defensores como de los detractores del hipertexto, es considerarlo subordinado a la técnica que lo posibilita. Se afirma así que “en la red electrónica el espacio —donde uno está y donde se localiza el texto— se convierte cada vez más en algo irrelevante” (Gaggi 1997: 112). En estas afirmaciones, por supuesto, se tiene en mente la facilidad con que un texto en la red puede ser capturado por personas en cualquier lugar del mundo y que el hipertexto a su vez puede estar alojado en un servidor localizado en cualquier parte. Pero, en realidad, únicamente ha cambiado la facilidad y la rapidez con que tenemos acceso a un texto. También el libro impreso se puede enviar de uno a otro continente, y la imprenta que lo produjo y el lugar de residencia del autor son, en este sentido, igualmente secundarios. Una vez establecida esta relación con la técnica, debemos reiterar de nuevo que el hipertexto (como el texto impreso) es producto de un autor, de un contexto, y como tal, localizado y localizable en el espacio y en el tiempo. El texto de *El Quijote*, independiente de la lectura que pueda provocar o del lugar donde se encuentre el libro impreso, se halla ineludiblemente inmerso en un espacio y tiempo (la España de los siglos XVI y XVII), y en un contexto cultural (el desarrollo de la cultura occidental hasta nuestros días). El posible hipertexto que pudiéramos construir hoy día a través de *El Quijote* (multiplicidad de lexias donde se establezcan los distintos contextos del texto así como sus proyecciones intertextuales), estaría del mismo modo insoslayablemente unido al autor(es) del hipertexto y a su contexto cultural. Y sin duda incluiría diferencias notables si su autor es un filólogo o un filósofo, si es español o japonés. Es decir, como el texto impreso, es

también producto de un contexto cultural y, por tanto, posee igualmente implicaciones espacio-temporales.

Una vez establecidos estos ejes de comprensión, podemos superar la obsesión que puede imponer la técnica. No proponemos, por supuesto, separar técnica y contenido; recordemos la analogía del río que usamos al comienzo (el medio digital facilita el hipertexto y éste a su vez está modificando el modo en que leemos y las expectativas ante un texto). Sólo buscamos que en nuestro análisis coloquemos en su propio lugar “el agua” y las “orillas” que forman el río del discurso del hipertexto (discurso antrópico). Hagamos uso de nuevo de una afirmación de Silvio Gaggi: “En ese espacio [espacio virtual] no hay ejes claros ni direcciones establecidas, no hay puntos que desvanezcan para ayudar al lector a posicionarse” (1997: 114). En apartados anteriores nos hemos referido ya a lo inoperante de tal posición desde la perspectiva del autor o del lector del hipertexto, pues en ambos casos (uno al concebirlo y escribirlo y el otro al determinar la pauta de la lectura) se procede según un eje establecido o que se establece al leer.

Aquí queremos más bien detenernos en el concepto de espacio. Se trata, por supuesto, de un concepto cultural, o sea, de un concepto que necesitamos problematizar para regresarlo a la cultura que en cada momento lo hace posible. No es ahora necesario ni éste es el lugar para proceder a un análisis detallado, nos basta para nuestros propósitos con establecer un eje de transformación. En las culturas basadas en la transmisión oral, el “espacio” del “texto” era dinámico. Se trataba de un texto potencialmente en constante transformación. La escritura y sobre todo la imprenta trajeron consigo la apariencia de la estabilidad del texto (real en cuanto a la inmutabilidad de los signos impresos). Poco a poco, la estabilidad del signo escrito se vino a interpretar como estabilidad del texto en cuanto a su “mensaje”. La estabilidad del signo, es verdad, facilitó el avance acelerado en las ciencias que dependían de la posibilidad de reproducir exactamente las estructuras a través de las cuales ellas mismas se iban autodesarrollando. En las humanidades se fue aceptando la aproximación científica basada en la acumulación, repetición y percepción de universalidad. Lo que en la ciencia apoyaba el avance, en las humanidades creó un discurso dogmático, en cuanto a la percepción de la universalidad del mensaje, en cuanto a la creación de un canon, en cuanto a la formación de una estructura de poder de los que “podían hablar” (los especialistas).

El discurso de la posmodernidad, que culmina la rebelión romántica ante la modernidad, problematiza esa situación a la vez que destaca la ineludible intertextualidad de todo texto. El discurso de la posmodernidad introduce de nuevo el factor dinámico. Se reconoce que tanto las relaciones intertextuales como los procesos de contextualización se encuentran en constante transformación. El resultado es una perplejidad ante nuestro momento de transición. Se añora la percepción de seguridad, de estabilidad, la universalidad del pensamiento de la modernidad, pero se le reconoce a la vez como inoperante. La versión impresa de los textos se presenta ahora como incompleta, como deficiente. Si todo texto plantea una serie de relaciones intertextuales, se exige ahora un "texto dinámico" difícil (quizás imposible) de representar en la versión impresa de un libro. Lo que el discurso de la posmodernidad reclama con su concepto de un "texto dinámico" es, en verdad, un lector activo. O sea, el texto se va a actualizar a través de la lectura y cada lectura va a ser única, pues, si es auténtica, responderá a la individualidad de cada lector. Se va creando así la necesidad de un nuevo espacio, pero de un espacio potencialmente dinámico, es decir, un espacio que facilite (quizás se pretende que requiera) la participación de un lector activo. Éste es el espacio que viene a ocupar el hipertexto. Se trata, pues, de una respuesta a la pregunta posmoderna. El hipertexto se construye como el nuevo espacio. Como una recuperación de la oralidad (la dimensión dinámica que caracteriza nuestro devenir), sin rechazar por completo la estabilidad del signo.

Conviene que nos detengamos por un momento en las implicaciones del desarrollo anterior. El hipertexto surge aquí como una respuesta a una problemática intelectual que caracteriza el proceso de la cultura occidental. En la analogía del río que venimos usando en este estudio, el hipertexto podría ser la orilla que ahora modela el caudal de nuestro devenir social. En esta orilla, se relaciona, sin duda, con la calidad del terreno que la forma (la técnica digital), pero, en definitiva, responde a una necesidad sociocultural. Hemos afirmado también que se trata de un nuevo espacio, dinámico ahora, que recupera la oralidad que el texto impreso había ido poco a poco desplazando. Con el concepto de oralidad queremos rescatar la dimensión dinámica de la comunicación oral, que en el hipertexto se ejemplifica, ante todo, privilegiando al lector en el momento de conferir significado. Usemos de nuevo una metáfora que caracterice el naciente espacio del hipertexto. Con frecuencia se ha hablado, en otros contextos, del "gran libro de la naturaleza". Descubramos

ahora la naturaleza como hipertexto, como un texto en constante transformación sin perder su esencialidad. La naturaleza observada como un texto (“hipertexto”) con innumerables relaciones intertextuales con múltiples enlaces. La naturaleza como un hipertexto en el cual cada lexia (cada elemento) puede ser el comienzo o fin de una exploración: del agua a la tierra, a la humedad, a las raíces, al árbol, a las ramas, a los pájaros, al aire, a las nubes, al agua. . . El privilegio de una parte sobre otra no lo da el “libro de la naturaleza” (el hipertexto), sino el contexto de quien la observa (el lector). En este sentido, la naturaleza es el hipertexto *holista* ideal: todas sus partes se encuentran enlazadas en una relación que nunca es caótica. Todas sus partes se incorporan también en un proceso dinámico explicable desde nuestro propio devenir como seres igualmente en constante transformación. Cada una de sus partes podría constituirse en el foco central y comienzo de nuestro viaje por la naturaleza. Tal es el espacio dinámico, *holístico*, ideal del hipertexto. En la realidad práctica, como examinaremos más adelante, el hipertexto, lo mismo que el texto impreso, responde a una multiplicidad de objetivos, que sin duda darán lugar a formas peculiares, en respuesta a las retóricas ya establecidas y a aquellas otras que puedan desarrollarse.

El considerar el hipertexto, “el libro de la naturaleza”, en el contexto desarrollado anteriormente, nos permite también comprender los aciertos y limitaciones de algunas caracterizaciones de éste. En la obra seminal de Landow, que sigue siendo la base de los estudios hasta ahora existentes sobre el hipertexto, se dice:

Comparado con el texto, según existe en la tecnología impresa, las formas del hipertexto ponen de relieve diversas combinaciones de atomización y dispersión. A diferencia de la fijación espacial del texto reproducido a través de la tecnología del libro, el texto electrónico siempre tiene variación, pues ninguna presentación ni versión es nunca final; siempre puede cambiar. Comparado a un texto impreso, uno en forma electrónica parece relativamente dinámico, puesto que siempre permite corrección, actualización, y modificaciones semejantes [...] En los enlaces, el hipertexto añade una segunda forma fundamental de variación, dispersando o atomizando más todavía el texto (Landow 1992: 64).

La afirmación de Landow, propia del pensamiento de la posmodernidad, privilegia al texto; es decir, se construye desde la perspectiva del texto. Por ello puede hablar de dispersión y atomi-

zación. Incluso los términos que usa, como “corrección”, “actualización” o “modificación”, provienen de la desconstrucción que el discurso de la posmodernidad hace de la modernidad. Son términos cuyos conceptos nos refieren a una realidad inmóvil, que se puede corregir, actualizar o modificar. En el contexto de nuestra metáfora del “libro de la naturaleza”, diríamos que Landow se fija en los diferentes elementos (el texto) y de ahí que vea la dispersión, la atomización. Visto el hipertexto desde un discurso dinámico (el discurso antrópico), cada elemento se presentaría como una de las partes de un ecosistema, como unidad dinámica en mutua transformación y cuyos enlaces, lejos de denotar dispersión, establecen relaciones que complementan. Regresamos así de nuevo a lo desarrollado en secciones anteriores: tales conceptos, como los ya comentados de no-linealidad, no-secuencialidad, descentralización el texto, entre otros, no se pueden aplicar ni al autor del hipertexto ni al lector. El lector lo ve, regresando a nuestra metáfora, como un ecosistema. La “atomización” se convierte en multiplicidad de relaciones, la llamada “dispersión” se percibe como proximidad, pues el enlace en lugar de dispersar una, complementa.

Nos encontramos en un momento de transición peculiar. Se trata de uno de esos momentos que jalonan la historia de nuestra civilización, por significar el fin de un paradigma y el inicio de otro. Como momento de transición vislumbramos un nuevo orden, pero todavía nos encontramos en la prisión conceptual del sistema que abandonamos. Por ello nos encontramos en la situación paradójica de tener que hacer uso, al caracterizar el nuevo orden, de los mismos conceptos que deseamos superar. El proceso va a ser lento. Pero mientras tanto tenemos que seguir haciendo uso del sistema conceptual que poseemos. Desde esta perspectiva podemos percibir que el hipertexto nos lleva de un espacio físico (considerado a-temporal) a un espacio temporal (en el sentido de potencialmente dinámico); de la estabilidad del texto en el libro como objeto, a un ser en la transformación (el texto abierto a una permanente actualización). Pasamos de la permanencia de un lugar a través del tiempo (una plaza, una estatua, un libro), a un tiempo presente en cualquier lugar.

Quizás podamos apreciar un poco mejor la complejidad de lo que pretendemos describir, señalando que a través del hipertexto recuperamos ciertas características del discurso hablado sin renunciar a las características que nos ha proporcionado el discurso de

la modernidad y su creencia en la estabilidad del texto impreso. Quizás también el ejemplo de la música proporcione un símbolo oportuno para comprender este proceso (y para recordarnos que nuestra situación actual lleva ya tiempo gestándose). Tanto la música como las cadencias de la palabra hablada no habían podido ser capturadas en la técnica del texto impreso. Los intentos de “atrapar” el sonido tienen ya una larga historia, pero sólo a través de la técnica digital parecen llegar a su madurez. Antes era un acto fugaz, limitado a un lugar y tiempo concretos. El medio digital, y su posible integración en el hipertexto, consigue la estabilidad del signo-sonido, pero lo hace al mismo tiempo en un espacio dinámico, y por lo tanto abierto a la transformación o a las relaciones intertextuales a que pueda dar lugar una composición musical determinada. En este sentido, la expresión y potencial digital de la música ejemplifica el proceso de simbiosis que aporta el hipertexto: *a)* se da estabilidad al sonido (se asume la modernidad), *b)* se mantienen ciertas características temporales propias de la tradición oral (se asumen las posibles diversas perspectivas de la posmodernidad) y *c)* se potencia la condición dinámica (por ejemplo, el poder “corregir” una nota o intercalar una variante sin modificar el resto de la ejecución musical).

5. El sentido liberador del hipertexto

UNA VEZ caracterizado el hipertexto en las secciones anteriores, podemos ahora aproximarnos a uno de los puntos más debatidos en los discursos teóricos de la década de los noventa. Por una parte, se habla del poder liberador de la tecnología, de que la “información quiere ser libre” y por la otra, se previene de que nos está llevando a la pérdida de las estructuras, a la desaparición de las jerarquías cualitativas, a una proyección caótica que impide el acto de significar, a trivializar, en fin, la información. Ambas posiciones, aunque influidas, es verdad, por el entusiasmo o el miedo a la tecnología, se fundamentan filosóficamente en el discurso de la modernidad. Y las conclusiones a que llegan, reflejan ante todo su conformidad o repudio de los presupuestos de la modernidad. Analicemos por separado ambas posiciones, para poder así despejar el camino a una intelección de la dimensión liberadora que pueda aportar el hipertexto.

Desde el pensamiento de la modernidad, dominado, como hemos señalado ya, por los conceptos de estabilidad del texto, tras-

endencia del significado, jerarquía, linealidad, presencia física individualizada, entre otros muchos, el hipertexto se asocia con libertad “anárquica”, eclipse del autor, indiferencia a la individualidad y con una sensación de desamparo. Pero coloquemos estos conceptos en el contexto de una cita de Silvio Gaggi:

La Internet y la *www* representan espacios complejos que no son espacios físicos, pero que se navegan con rapidez y seguridad, sin tener que mudar nuestro cuerpo físico. Por otra parte, en este espacio el individuo, según él o ella ha existido, puede perderse, y la consistencia de su identidad inspirada en sus propias asociaciones con su nombre o cuerpo material se desvanecen. Maravillosamente indiferente a la raza, al género, a la belleza y a nuestra etapa en la vida fuera de la red, la Internet absorbe al individuo en un diálogo interactivo en el que la conversación asume su propia vida y amenaza con eclipsar a los participantes que proveen su contenido. Además, la Internet, democratizadora y emancipadora por la libertad anárquica de información y las relaciones que posibilita, no se encuentra ciertamente inmune del control y la censura; de tal modo que la libertad e igualdad que se puede conseguir en él, puede, en efecto, ser vaga, ofreciendo a los usuarios una gran cantidad de opciones cualitativamente insignificantes (1997: xiii).

Esta cita de Gaggi se formula desde las dos premisas citadas anteriormente: desconfianza ante las nuevas técnicas y el pensamiento lineal y jerárquico de la modernidad. Toda la cita, por otra parte, refleja aquellos escritos que se hicieron en su momento contra las implicaciones de la imprenta, o de la libertad de prensa o la alfabetización de las masas. Por ejemplo, la primera frase de la cita, con pocas modificaciones, podría haberse dicho ante la aparición de la imprenta. La multiplicidad de ejemplares independizó al lector, posibilitó lecturas simultáneas, permitió las posesiones múltiples del mismo texto y desvaneció el control sobre el texto. Por otra parte, la afirmación de que el mundo digital no ocupa espacio físico es engañosa. Sí que ocupa un espacio físico, sólo que es desigual y de repercusiones diferentes. Un libro en un disquete o en papel impreso es simplemente un texto en dos medios diversos pero semejantes. Es posible que una página en la red sea “indiferente a la raza, al género, a la belleza”, pero ¿qué diferencia hay entre dicha página en la red y una página de papel? Veamos una nueva cita que nos ayudará a comprender lo que está sucediendo: “La complejidad de la red y la posibilidad de tener que tomar decisiones sin suficiente información sobre dónde nos va a llevar

una opción, puede resultar en una desorientación que imposibilitará una libertad significativa” (Gaggi 1997: 105). ¿Aceptaríamos la afirmación de caótico de una persona que presencia sin comprenderlo un juego de béisbol? Una pequeña anécdota personal puede explicar esta situación. Al salir de un cine, después de ver una película proyectada en un pequeño pueblo español a principios de los cincuenta, oí el siguiente comentario de una persona que había ido al cine por primera vez. “No sé..., no sé..., no comprendí nada. Iba muy rápido. Me mareaban las imágenes”. Estamos en el umbral de una nueva lectura y de una nueva escritura que va a requerir un proceso de aprendizaje. Estamos en los inicios del hipertexto, y así como el texto impreso ha seguido un proceso de desarrollo que no habría sido posible predecir a finales del siglo xv, igualmente nos sucede con el hipertexto.

En el otro extremo, los paladines exaltados del hipertexto ven en él la posibilidad de llevar de la teoría a la práctica el espíritu iconoclasta de la posmodernidad. Supone para ellos la liberación absoluta:

En el futuro no habrá cánones fijos de textos ni fronteras epistemológicas fijas entre disciplinas, sólo caminos de investigación, modos de interacción y momentos de encuentro. Las nociones de escritor y lector se redefinen asimismo dentro de este lenguaje temporal [...] Han desaparecido las categorías sociales (culto frente a popular), políticas (público *versus* privado) o económicas (gratis frente a no gratis) que en su día describieron los componentes de la vida literaria. Los lectores-escritores imaginados de la era electrónica se conciben según su modo de acción en el tiempo [...] Me gustaría sugerir que existe algo sin precedentes en esta posibilidad de escapar de la estabilidad de la escritura. La digitalización de los textos parece haber abierto la posibilidad de que la escritura opere en un modo temporal exclusivamente posible para el discurso hablado, como *parole* (palabra) más que como *langue* (lengua) (Hesse 1998: 36-37).

Apenas han pasado tres años desde que se hicieron estas afirmaciones y ya vemos surgir nuevos cánones y el emerger de nuevas expresiones genéricas. El texto digital no es, después de todo, tan temporal, y persiste la estabilidad del texto, como irónicamente atestigua el litigio, basado precisamente en textos digitales, entre el gobierno federal de Estados Unidos y la compañía Microsoft. Como venimos señalando a lo largo de este estudio, estas posiciones entusiastas ante el hipertexto están arraigadas en el discurso de la posmodernidad; en un discurso que privilegia el texto y lo ve

como un infinito de posibles relaciones intertextuales. Desde esta premisa, se ve en el libro impreso la imposición de un proceso lineal, la dificultad de seguir relaciones intertextuales, la estructura jerárquica de su contenido, la subordinación del lector al autor. Es así como el debate se convierte en una contienda entre los que desean mantener el privilegio del autor y los que buscan el privilegio absoluto del texto. De un lado podríamos colocar la posición de Paul Duguid y del otro la de George Landow. Las siguientes citas muestran los parámetros que se buscan y que se combaten:

Los hipertextos enlazados sitúan el presente texto en el centro del universo textual, creando así un nuevo tipo de jerarquía, en la cual el poder del centro domina la infinita periferia. Pero como en el hipertexto ese centro es siempre un centro virtual des-centrable, transitorio o sea, uno creado únicamente por el acto de leer ese texto en particular, nunca tiraniza otros aspectos de la red en el modo que lo hace el texto impreso (Landow 1992: 85).

Otorgar prioridad al texto circulante hace que la información parezca autosuficiente y el libro, por el contrario, una cárcel. En el pasado, los críticos "prácticos", "nuevos" y estructuralistas lo hacían desde ese punto de vista, otorgando al texto una autonomía distinta de su producción o consumo. Y éste es básicamente también el punto de vista de los liberacionistas que se remiten a la integridad autónoma de la información (Duguid 1998: 89).

Nuestra tesis a través de este estudio mantiene que el hipertexto es, ante todo, una creación sociocultural, que asume y así supera el debate entre modernos y posmodernos. Es cierto que la técnica posibilita el hipertexto, pero su esencialidad gira en torno a un nuevo proceso de lectura. Se trata de una lectura dinámica que responde a lo que venimos denominando discurso antrópico. El hipertexto viene a privilegiar el acto de leer y por lo tanto al lector. Pero ello no implica que desaparezca el autor ni sus prerrogativas: el autor crea el texto, decide las relaciones intertextuales a destacar, elige dónde y qué enlaces colocar, señala, en fin, lo que incluye como principio y fin de su estudio. El texto tampoco pierde su papel sustancial. Los múltiples enlaces proporcionan cierto protagonismo a cada una de las lexias que visita un lector, pero éstas sólo ocasionalmente se podrán convertir en centrales. La dimensión multisequencial quizás pudieraparecer caótica desde unos presupuestos basados en la forma del libro impreso (que nos impone una forma lineal de concebir el mundo), pero no desde la

perspectiva del lector, en definitiva la única que cuenta, la única que lo valida. El lector, al establecer la secuencia que se propone seguir, establece también unos objetivos, a los cuales se subordinarán las distintas lexias que pueda visitar. Es decir, es el lector quien establece el centro del hipertexto, influido, por supuesto, por el concepto del creador (autor), y por la estructura creada (texto).

Ahora podemos ya regresar al enunciado de esta sección. Cuando hablamos del proceso liberador del hipertexto no nos referimos, por tanto, a una tecnología liberadora. El libro en su forma actual es también el resultado de muchos años de perfeccionamiento tecnológico. Además, algo parece fallar en el proceso de argumentación cuando personificamos a la tecnología —o al hipertexto. Ni la escritura vino a liberarnos (excluirnos) de la comunicación oral, ni la imprenta del manuscrito, ni el hipertexto busca liberarnos (alejarnos) del texto impreso. Todos ellos son procesos complementarios que han de continuar existiendo. El proceso de liberación que proyecta el hipertexto hemos de buscarlo en nuestro desarrollo sociocultural. Es decir, en nuestra proyección hacia procesos más perfectos de democratización. En este sentido el texto impreso permitía la difusión de los conocimientos hacia esferas cada vez más amplias de la sociedad humana. El control sobre la alfabetización hizo que su potencial tardara siglos en generalizarse. Pero el libro impone limitaciones en nuestra sociedad actual: no sólo en cuanto a las relaciones de poder (quién publica los libros), sino también en cuanto a relaciones económicas y cuestiones de control, entre otros muchos aspectos. En el contexto sociocultural de nuestros días, las humanidades se ven forzadas igualmente a modificar su concepción romántica del autor y el proceso positivista de continua acumulación. Dejan de ser asimismo patrimonio de una minoría y símbolo de la separación de clases. Nuestra sociedad sigue valorando el contexto humanista, pero ahora se privilegia el proceso de lectura y la participación activa del lector.

Tal es el ambiente en cuyo seno surge el hipertexto. Viene a satisfacer, entre otras, dos necesidades fundamentales: dar la palabra a quienes les era difícil o imposible participar en el mundo del texto impreso y promocionar la libertad del lector a forjar el camino de su propia lectura. Ambas dimensiones llevan implícitas un posible proceso democratizador (semejante a aquel que proporcionó y siguen proporcionando los programas de alfabetización).

El texto impreso propiciaba el monólogo (participación pasiva del lector), mientras que el hipertexto favorece una lectura que podemos considerar liberadora, pues predispone al diálogo (participación activa del lector). Contra los temores que se divulgaron a comienzos del siglo XIX ante los intentos de alfabetización de las masas, no todos los que aprendieron a leer hicieron de la lectura una carrera. Del mismo modo, aunque el hipertexto facilite que todos participen en la producción de textos, no todos harán de ello una profesión. El hipertexto, pues, se comienza a hacer en función del lector.

Una vez señalada la dimensión liberadora, democratizadora, implícita en el hipertexto, debemos apresurarnos a indicar que, aun cuando su esencia es liberadora (como lo fue el texto impreso ante el manuscrito), el hipertexto, al igual que la versión impresa, posee igualmente el reverso de la moneda. Lo mismo que el hipertexto destaca relaciones intertextuales y procesos de contextualización, puede también omitirlos o ponerlos en función de principios ideológicos que distorsionen cualquiera de los procesos de lectura que pudiera seguir un lector. Es decir, es únicamente un medio de comunicación que responde a nuestra situación sociocultural; es más incluyente que el texto impreso y potencia mejor el desarrollo individual, pero su contenido y sus objetivos seguirán siendo creaciones humanas y, como tales, capaces de distorsión, de manipulación, de censura.

6. El hipertexto y sus objetivos: para una teoría del hipertexto

EN secciones anteriores usamos la analogía del río para ejemplificar el concepto del hipertexto: el resultado de unas orillas (la técnica), que a su vez son producto de la corriente (transformaciones socioculturales) que las modela. La raíz etimológica (*texere*) fortalece este contenido. El término mismo, tiene un origen más reciente. Aarseth señala que Theodor H. Nelson fue el primero en usarlo en 1965, pero que la idea proviene del estudio "As we may think", de 1945, de Vannevar Bush (1994: 68). En cualquier caso, el término no se establece hasta principios de la década de los noventa, mediante la aceptación global en la red del código de HTML (Hypertext Markup Language). A lo largo de este estudio hemos caracterizado el hipertexto como una estructura digital de múltiples lexias enlazadas entre sí, y que establecen relaciones

intertextuales en diversos niveles de contextualización a través de medios verbales (signos de la escritura, la palabra hablada etc.) y no-verbales (imágenes y sonidos).

Una vez establecidos estos parámetros generales, el hipertexto, como el texto impreso, puede tomar infinitud de formas que lo adapten mejor a los múltiples posibles objetivos. Los enlaces, por ejemplo, pueden estar contenidos en una sola estructura, o sea, dirigiéndose únicamente a lexias encerradas en la unidad de un hipertexto; o pueden conectarlo con otros muchos que lo proyecten o complementen. También puede centrarse en una creación artística que siga los principios retóricos de un género (por ejemplo, un poema que muestre la gestación de su universo a través de efectos visuales y de la palabra hablada), o puede proyectarse en relaciones interdisciplinarias que traspasen los elementos convencionales de la retórica (al modo, por ejemplo, de la explicación de textos que efectúa la crítica literaria). Es decir, la meta del hipertexto, como del texto impreso, es la comunicación y el diálogo, por lo que responde siempre a unos objetivos concretos, aunque no siempre se establezcan de forma explícita. Estos objetivos serán los que determinen el formato que tomará un hipertexto concreto. Objetivos tan distantes el uno del otro como pueden ser los que buscan presentar en hipertexto una enciclopedia o una tesis filosófica, demandarán igualmente estructuras peculiares. El hipertexto filosófico quizás requiera un claro eje de argumentación, que las distintas lexias se encargarán de enfatizar, mientras que la enciclopedia probablemente desee construir el hipertexto de modo que cada lexia pueda ser considerada al mismo tiempo punto de partida (centro del hipertexto) y punto de llegada. Habrá algunos donde la figura del autor sea central (textos de creación, textos filosóficos), y otros en los que pase a un lugar más secundario (una edición crítica de un texto clásico, con lexias que establecen las variantes del texto y sus relaciones intertextuales); habrá otros, en fin, en los que el autor casi desaparezca (con fines pedagógicos: ejercicios, estadísticas, solución de problemas matemáticos, exposición geográfica etcétera).

Todas estas consideraciones, que tomarán sin duda formas peculiares en el hipertexto, son, sin embargo, igualmente compartidas con el texto impreso. El texto impreso tiene a su vez dimensiones que quizás nunca pueda llegar a desempeñar el hipertexto (y en ellas radicará la permanencia del libro). Pero el hipertexto, a su vez, aporta posibilidades antes inéditas. Me refiero, por ejemplo, a

su potencial de crear textos interactivos. Recordemos, sin embargo, que no tiene que ser interactivo, puede serlo o no (los manuales técnicos son muestras actuales de hipertexto que, por su naturaleza, nunca llegarán a ser completamente interactivos). No obstante, es ciertamente la capacidad de poder ser interactivo la que ha potenciado el hipertexto en el mundo de los negocios y del comercio, y comienza hoy día a revolucionar el mundo de la enseñanza. Se ha intentado también la creación de textos literarios (novelas) interactivos. Y esta capacidad ha servido para emitir juicios críticos sobre su naturaleza que distorsionan su realidad. El texto, nos dice Silvio Gaggi, “no es ya más un sistema de comunicación en una dirección, en el cual la información y las ideas se dirigen sólo del autor al lector, sino un sistema de comunicación en el que todos los participantes pueden contribuir” (1997: 103). Esta posibilidad del hipertexto se convertirá, sin duda, en una de sus facetas centrales, pero de ningún modo con exclusión de las demás.

El hipertexto, repitémoslo, responde a una necesidad sociocultural. El potencial actual de lectura desborda los límites del texto impreso. La explosión de publicaciones impresas anula el ideal de la modernidad de poder abarcar todo. El canon tradicional se convierte en inoperante. La globalización de nuestros procesos sociales, políticos, económicos, y la movilidad que caracteriza a nuestra sociedad, requieren asimismo que se disponga del texto sin limitaciones de espacio o tiempo. Cambian igualmente las razones que motivan la lectura, a la vez que surge un lector activo que demanda que el texto se escriba en función del lector. Términos antes asociados con el discurso de la modernidad —centro, jerarquía, linealidad— sufren ahora una re-conceptuación; empiezan a entenderse desde la perspectiva del lector y, por tanto, a adquirir un sentido dinámico. Lo que comenzó, nos dice Silvio Gaggi, “como modo de facilitar una rica experiencia de lectura de textos convencionales, modificará radicalmente al fin nuestra noción cabal de lo que es un texto —y también de lo que es leer” (1997: 102). La transformación se ha iniciado ya. La lectura en función del autor comienza a ser relegada a sectores reaccionarios, o a tipos de lectura especializada. Afirmaciones como la ya citada de Brent (“Estamos acostumbrados a leer el texto impreso en su totalidad [ya que] sentimos miedo de perder algo importante, alguna parte del argumento que es clave para comprender el sentido del autor”), carecen ya de la validez con que las ofrecía el discurso de la modernidad. Ningún texto es completo y, a la vez,

los procesos intertextuales de cualquier texto pueden iniciar secuencias mucho más interesantes e importantes para el lector que las contempladas en su momento por el autor.

El hipertexto establece así una comunión más íntima con el lector, pues la necesidad de participar activamente produce la percepción —en cierto modo realidad— de que se está construyendo el texto, al optar seguir una secuencia en lugar de otra posible. Exige, además, otro nivel de participación que se mantenía atrofiado en el texto impreso. Me refiero a la necesidad de tener que juzgar en cada instante los méritos de un hipertexto determinado. Según se multiplican los autores (diariamente millones de nuevos textos en la Internet), empezamos a adquirir un sentido de responsabilidad ante el hipertexto. No basta con que esté publicado para que la información merezca ser aceptada. Es decir, surge como necesidad sociocultural de una nueva lectura y, a su vez, está forjando un nuevo tipo de lector.

Los experimentos con el hipertexto, a veces radicales en su departir del texto impreso, han creado en algunos estudiosos una sensación de vacío. También ha creado, por qué no decirlo, cierto pánico de que vayan a desaparecer las formas tradicionales en las que nos formamos y ante las cuales nos sentimos confortables. Pero el hipertexto no es un nuevo “género” llamado a reemplazar los anteriores. Enfaticémoslo de nuevo, es únicamente un nuevo medio de comunicación más acorde con nuestras necesidades actuales. Los géneros tradicionales no tienen por qué dejar de existir, aunque sin duda experimentarán transformaciones. Las retóricas —lenguaje común de expectativas entre autores y lectores— que los hacen posibles, seguirán modelando los géneros literarios en el hipertexto. Lo mismo que el texto impreso potenció ciertos géneros —la novela por ejemplo— e hizo que otros fueran poco a pocoperdiendo vigencia—como el género epistolar—, el hipertexto también creará nuevos géneros literarios y modificará considerablemente otros. Con todo, las implicaciones inmediatas más radicales del hipertexto son aquellas que afectan al lector y a su necesaria participación activa en el proceso de lectura. Más y más será el lector quien tenga que decidir qué tipo de lectura va a efectuar. El tutelaje que se ejercía a través del texto impreso, que no sólo limitaba lo que se entregaba para la lectura, sino que indicaba igualmente cómo se debía leer, será mucho más difícil de controlar en el hipertexto. Me refiero, por ejemplo, al tutelaje que se realizaba a través de colecciones como la de Austral, de Espasa-Calpe, que

guiaba la lectura mediante el color de las cubiertas de los libros; a través de ellos se le señalaba al lector que el texto debía ser leído como poesía, novela, biografía, ensayo, incluso si un libro era o no clásico.

El hipertexto trae, pues, nuevos modos de comunicación imposibles de capturar en el texto impreso. Me refiero, entre otros potenciales, a la facultad de crear uno interactivo y a la facilidad con que se puede integrar en él recursos multimedia. Más significativo, sobre todo en este momento de transición y en lo relacionado con las humanidades y la creación literaria, es la apertura intertextual y contextualizadora que nos permite desarrollarlo. Estas diferencias, en algunos casos radicales, con relación al texto impreso y que a la vez crean y responden a unas nuevas necesidades de lectura, comienzan ya a exigir también un nuevo tipo de escritura. Necesitamos liberarnos de la mentalidad-libro-impreso, o sea, tomar conciencia de hasta qué punto nuestros modos de escribir —y también de pensar— se deben a las exigencias del texto impreso. Al mismo tiempo, necesitamos compenetrarnos con los requerimientos del hipertexto y así incrementar la eficacia de nuestra comunicación. Nos enfrentamos a un cambio de paradigmas que afecta tanto al lector como al autor. La cárcel del libro-impreso, que nos hace ver el hipertexto como *no-secuencial*, como carente de estructura y por lo tanto de un centro y línea argumental, debe dejar paso al texto pensado y escrito para una estructura hipertextual. Es decir, el texto que se estructura a través de lexias y de enlaces, pero no en una orgía caótica de relaciones intertextuales, sino siguiendo los objetivos que el autor desea comunicar. Es el autor, como hemos mencionado ya, quien establece cuántas lexias va a incluir, y es también el autor quien determina dónde y con qué frecuencia se han de colocar los enlaces para destacar los objetivos de su hipertexto. El hipertexto no es un conjunto arbitrario de lexias ni tampoco su estructura necesita ser tan abierta que potencie que cada lexia pueda ser centro —puede serlo así en ocasiones, como en un diccionario o en una enciclopedia. En realidad, lo mismo que sucede con el texto impreso, el hipertexto requiere ciertos elementos mínimos. Landow identifica cuatro: orientación, navegación, puntos de inicio y puntos de salida. Aunque Landow los menciona en el contexto de los proyectos de hipermedia, todavía siguen siendo los fundamentales una vez adaptados al hipertexto y que podemos proyectar como sigue:

a) *Orientación*. Aquellos elementos del hipertexto que tienen que ver con estructuras de ubicación, es decir, indicaciones que facilitan —se aseguran— que el lector sepa en todo momento dónde se encuentra en el complejo de lexias de un hipertexto.

b) *Navegación*. Además de los enlaces que unen a las diversas lexias, todo hipertexto necesita igualmente estructuras de navegación que permitan al lector, en cualquier momento y en cualquier lexia que se encuentre, iniciar una secuencia de pasos que le lleven a la lexia que desea leer.

c) *Puntos de inicio*. Desde la perspectiva del lector, cualquier lexia puede ser el punto de inicio. Es decir, el lector puede llegar a un hipertexto a través de un enlace que encontró en otra estructura hipertextual, y que lo unía con la lexia que era pertinente para aquel hipertexto, pero que puede resultar muy secundaria en la nueva estructura de la cual la lexia forma parte. El autor necesita prever, por tanto, que cada lexia de su estructura puede ser el punto inicial del lector, y estructurar los enlaces en dicha lexia de modo que orienten y permitan la navegación hacia las lexias centrales que fijan los objetivos que el autor desea comunicar a través de su hipertexto.

d) *Puntos de salida*. Parte de la esencialidad del hipertexto es la de potenciar un texto abierto. Es decir, que desde una lexia dada el lector pueda tener acceso a otras estructuras de hipertextos. Estos puntos de salida, relaciones complementarias, no deben crear situaciones de rivalidad. El objetivo de comunicación y de comunicar algo que se propone el autor, podría desvanecerse si el lector pudiera, quizás incluso sin percibirlo, trasladarse de un hipertexto a otro. Estos puntos de salida son necesarios y cada vez serán más fundamentales en cualquiera de ellos, pero el autor es quien coloca dichos enlaces y ellos deben estar en función de sus propios objetivos, tanto señalando que se sale de la estructura, como facilitando el regreso a la misma.

BIBLIOGRAFÍA

- Aarseth, Espen, *Texts of change: towards a poetics of nonlinearity*, Bergen, University of Bergen, 1991.
- , “Nonlinearity and literary theory”, en George P. Landow, ed., *HyperText/Theory*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994, pp. 51-86.
- Aguirre Romero, Joaquín M., “La incidencia de las redes de comunicación en el sistema literario”, *Revista de Estudios Literarios Espéculo* 7 (noviembre de 1997), revista digital: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero7/sistemat.htm>.

- Amaral, Kimberly, "Hypertext and writing: an overview of the hypertext medium", <http://www.umassd.edu/Public/People/kAmaral/Thesis/hypertext.html> [Ref. 5 de enero del 2001].
- Bazin, Patrick, "Hacia la metalectura", en Geoffrey Nunberg, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 157-172.
- Bolter, Jay David, *Writing space: the computer, hypertext, and the history of writing*, Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum, 1991.
- , "Ekphrasis, realidad virtual y el futuro de la escritura", en Geoffrey Nunberg, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 257-277.
- Brent, Doug, "Rhetorics of the web: implications for teachers of literacy", <http://www.ucalgary.ca/~dabrent/webliteracies/> [Ref. 7 de enero del 2001].
- Debray, Régis, "El libro como objeto simbólico", en Geoffrey Nunberg, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 143-155.
- Duguid, Paul, "Cuestiones materiales: el pasado y la futurología del libro", en Geoffrey Nunberg, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 67-106.
- Eco, Umberto. "Epílogo", en Geoffrey Nunberg, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 303-314.
- Ess, Charles, "Modernity and postmodernism in 'hypertext notes'", *Ejournal* 6.3 (August 1996). <http://www.hanover.edu/philos/ejournal/archive/v6n3/ess/ess.html>.
- Foucault, Michel, *La arqueología del saber* [1969], México, Siglo XXI, 1984.
- Gaggi, Silvio, *From text to hypertext: decentering the subject in fiction, film, the visual arts, and electronic media*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1997.
- Gómez-Martínez, José Luis, *Más allá de la posmodernidad: el discurso antropológico y su praxis en la cultura iberoamericana*, Madrid, Mito, 1999.
- Hesse, Carla, "Los libros en el tiempo", en Geoffrey Nunberg, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 25-40.
- Kolb, David, "Socrates in the Labyrinth", en George P. Landow, ed., *HyperText/Theory*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994, pp. 323-344.
- Lacan, Jacques, "Of structure as an inmixing of an otherness, prerequisite to any subject whatever", en Richard Macksey y Eugenio Donato, eds., *The languages of criticism and the sciences of man*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1970.
- Landow, George P., *Hypertext: the convergence of contemporary critical theory and technology*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1992.
- , ed., *HyperText/Theory*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.
- , "What's a critic to do? Critical theory in the age of hypertext", en George P. Landow, ed., *HyperText/Theory*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994, pp. 1-48.
- , "Dentro de veinte minutos, o ¿cómo nos trasladamos más allá del libro?", en Geoffrey Nunberg, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 213-241.
- Murray, Denise E., "Changing technologies, changing literacy communities?", *Language, learning & technology* 4.2 (2000): 43-58. También: <http://llt.msu.edu/vol4num2/murray/default.html>.

- Nielsen, Jakob, "Multimedia and hypertext: the Internet and beyond", 1995 [24 de enero de 2001]. <http://nt-labes.icmc.sc.usp.br/cursos/sce225/Nielsen.htm>.
- Nunberg, Geoffrey, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996].
- , "Adiós a la era de la información", en *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 107-142.
- Riffaterre, Michael, "Intertextuality vs. Hypertextuality", *New literary history* 25.4 (1994), pp. 779-788.
- Rodríguez Ruiz, Jaime Alejandro, *Hipertexto y literatura: una batalla por el signo en tiempos posmodernos*, edición electrónica actualizada en abril del 2000. http://www.javeriana.edu.co/Facultades/C_Sociales/libro/.
- Simone, Raffaeli, "El cuerpo del texto", en Geoffrey Nunberg, comp., *El futuro del libro*, Barcelona, Paidós, 1998 [original en inglés, 1996], pp. 243-256.